Olivia Ardey

Amore se escribe con licor de limón

esencia

Amore *se escribe con licor de limón*

Olivia Ardey

Esencia/Planeta

© Olivia Ardey, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: © RossHelen – Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: octubre de 2017
ISBN: 978-84-08-17641-1
Depósito legal: B. 16.269-2017
Composición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Daniela, veinte años después

—No pienso ir, mamá. Y deja de insistir —sentenció Daniela—. No se lo merece.

—Es tu abuela, cariño. Te guste o no, lo correcto es que asistamos a su funeral.

Daniela se inclinó más sobre la mesa y la miró con gesto airado.

—¿Al funeral de una señora que no me quiso nunca? ¿De una mujer que le giró la cara a su propio hijo? —puntualizó con dolor—. No voy a olvidar en la vida el modo en que nos despreció cuando papá nos llevó a Nápoles para presentarnos a su familia. ¡Se negó a conocer a su nieta, mamá!

Su madre removió el café con leche sin ganas; sabía que la llamada recibida desde Italia hacía una hora acarrearía consecuencias. La primera de ellas, amargarles el desayuno, pensó, dejando la cucharilla y desistiendo de tomarse la mitad del café que ya no le apetecía. Entendía la renuente actitud de su hija, pero en su fuero interno deseaba acudir al funeral de su suegra y poner con ello un simbólico punto final a esa parte de su vida, la más desagradable y amarga.

—Tu padre habría querido que fuéramos, al menos, que lo hicieras tú.

Daniela dejó su tazón en el platillo con demasiado ímpetu.

—Haz el favor, mamá, te lo ruego. Deja a papá tranquilo y no me hagas chantaje emocional.

Su madre sacudió la cabeza con una mueca de dolor.

—No es eso lo que pretendo, cariño, y lo sabes.

Daniela le cogió la mano. Le provocaba una congoja terrible la ausencia de su padre, que las había dejado dos años atrás, pero aún le dolía más ver esa tristeza en los ojos de su madre.

—Mamá, yo no sé si es verdad que el tiempo lo cura todo. Cada día echo más de menos a papá.

—Él no habría permitido que le amargáramos el desayuno con discusiones —recordó, sonriendo con ternura.

Las dos guardaron silencio, cada una perdida en sus propios recuerdos, a la vez que se terminaban sus cafés con leche a pequeños sorbos. Ángela, con la añoranza de quien ha despedido a su amor, a su compañero de vida. Y Daniela, con ese vacío en el alma que la dejó sin el hombre que era su apoyo, su protector, el de los sabios consejos, el que la escuchaba sin interrumpirla envolviéndola en un abrazo de cariño.

—Las tostadas se han enfriado —dijo Ángela en una aconsejable vuelta a la realidad—. ¿Quieres que tueste más pan?

Daniela negó con la cabeza y agradeció su ofrecimiento con una sonrisa.

—Aunque no lo creas, pienso en papá al no querer ir a Nápoles para hacer acto de presencia en el entierro. Él no se merecía que lo trataran como a un apestado.

—Lo consideraban un traidor.

—¡Pues eso es lo que no soporto! Lo único que hizo fue enamorarse y elegirte a ti y el modo de vida con el que sabía que sería feliz. Y esa mujer no se lo perdonó nunca..., mejor dicho, ninguno de ellos. Pues, ahora, que asuman las consecuencias.

—Yo no lo veo así. A mí me es indiferente. Nada que haga o deje de hacer la familia Barone va a cambiarme la vida a estas

alturas. Pero, por la memoria de tu padre y por ti, sobre todo por ti, creo que ha llegado la hora de acabar con este muro de hielo. La enemistad no trae nada bueno y, cuando se trata de la familia, sólo provoca dolor y decepción.

—Yo no los considero mi familia —alegó Daniela con firmeza.

Se levantó y comenzó a retirar los platos del desayuno para llevarlos a la cocina. Su madre permaneció sentada, con los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas.

—Pues lo son, Daniela.

Ella se plantó, brazos en jarras, en la puerta de la cocina.

—Ni siquiera se dignaron asistir al funeral de papá, no se me ha olvidado.

—Tu abuela estaba ya muy delicada, llevaba meses postrada en la cama.

—¿Y la hermana de papá, qué? ¿Tampoco podía perder su valioso tiempo en acompañar a la familia de su hermano y despedirlo?

Ángela se quedó pensativa al oírla hablar de Nicoletta Barone con tan poca piedad.

—Tu tía acababa de enterrar a su propia hija. Debía de estar rota de dolor.

Daniela era hija única porque, dos años después de nacer ella, Ángela había perdido el que iba a ser su segundo hijo en el tercer mes de gestación. Tras el aborto, quedó incapacitada para concebir. Habían pasado dos décadas y, todavía, cuando veía a un muchacho por la calle pensaba con añoranza que así podría ser ese hijo que no había llegado a nacer. Y, a pesar de no conocer a su cuñada, se estremecía de congoja tan sólo de imaginar la terrible tragedia que le había supuesto despedir una noche a su hija con un beso y despertar con la noticia de que

ésta había muerto y su hijo había resultado malherido en un accidente de tráfico.

En cambio, Daniela desconocía esa clase de vacío que deja la pérdida de un hijo y que detiene la vida de una madre para siempre.

—Te recuerdo que tampoco nos informaron del accidente, acabas de saberlo esta mañana por el hombre ese que te ha llamado.

—Era el marido de tu prima.

—Sí, ya me lo has dicho. Y lo siento, la verdad. Nadie debería morir tan joven ni de una manera tan repentina y cruel. Pero esa circunstancia trágica no hace que me caigan mejor todos ellos.

Ángela retiró el mantel y sacudió las migas en el cubo de la basura. Daniela abrió el armario escobero para barrer las que habían caído al suelo.

Mientras lo doblaba, Ángela rememoró la imagen que se había forjado de su suegra, a la que solamente conocía por lo que su marido le había contado de ella. Una mujer brava de la posguerra y napolitana.

—Tu abuela Costanza había enviudado. Y, aunque no necesitaba un hombre para dirigir un negocio, había puesto todas sus esperanzas en tu padre, su único hijo varón, para que tomara las riendas de la empresa familiar, como lo hicieron antes su marido, su padre antes de él y su abuelo antes de su padre.

—Pero papá era un espíritu libre y prefirió fundar su propia heladería.

—Su madre no le perdonó nunca que la dejara en la estacada y se marchara a España por amor a una extranjera.

Ángela guardó el mantel en el aparador y se volvió hacia su hija con la misma firmeza con la que acababa de cerrar el cajón.

—Error que tú no debes cometer. El perdón nos ayudará a pasar página a las dos y a vivir en paz. Sobre todo a ti, te repito.

El móvil de Daniela vibró entonces en el mármol de la cocina. Ambas miraron la pantalla iluminada. Daniela lo cogió para leer el mensaje que acababa de recibir y volvió a dejarlo con un rictus de fastidio que no pasó desapercibido a su madre.

—Otra vez Alejandro —masculló entre dientes.

Ángela se quedó mirando preocupada la expresión de impotencia de Daniela. Lamentaba que su hija tuviera que vérselas con las llamadas, los mensajes y las apariciones por sorpresa de un hombre que no admitía un no por respuesta. Le dolía verla acosada por aquel indeseable que durante cuatro años de noviazgo la había hecho infeliz con sus infidelidades y su trato despectivo. Por suerte para su hija, una traición de la que se regodeó ante ella acabó con su ceguera de amor. De no haber sido así, a su madre le habría resultado insoportable verla unida a un hombre del que no recibía más que desprecio y que, curiosamente, ahora que ella lo había alejado de su vida, insistía como un poseso en volver a «ser su amigo». Extraño concepto de la amistad el de aquel necio ególatra que lo único que no asumía era el hecho de que había sido Daniela quien lo había mandado a paseo, rompiendo el noviazgo y los planes de boda, y no al revés.

—Dices que te ha llamado ese abogado...

Ángela respiró aliviada; el tono de voz de su hija le permitía deducir que quizá fuera el momento propicio para alejarse de Valencia. Con cierto arrepentimiento, pensó que la machaconería del imbécil de su ex había llegado en el momento oportuno. Estaba convencida de que Daniela necesitaba un cambio de aires.

—Se ha presentado como Rocco Santoro. Es el abogado de la empresa y también el viudo de tu prima Olga. Ha sido terrible enterarme de todo así, de repente. Después de informarme del fallecimiento de tu abuela, se ha puesto al teléfono mi cuñada Nicoletta y me ha dicho lo del accidente.

—Debió de ser horrible —reconoció Daniela, estremeciéndose.

Su madre le había contado un rato antes que el propio marido de su prima y Luca, el hermano de ésta, habían sobrevivido al siniestro. Pero Luca aún sufría graves secuelas.

—Por lo poco que me ha dicho, y notando cómo evitaba llorar, me he hecho una idea de lo que supuso.

—Pero entonces no nos informaron de nada. Y hace dos años ya, ¿no?

—Ocurrió dos semanas antes de que muriera tu padre. Me pongo en su lugar y entiendo que quisieran despedirla en la intimidad.

Daniela cerró los ojos al imaginarlo. Por muy mal que le cayera su familia paterna, aquel suceso trágico que les había arrebatado a la hija y había dejado al hijo en estado crítico debió de partirles la vida por la mitad.

—Olga no tenía hijos, ¿verdad?

Su madre negó con una expresión entre el pesar y el alivio al imaginar lo que habría supuesto dejar niños pequeños.

—Daniela, no me apetece insistir más. Ya te he dado mi opinión. Yo voy a ir contigo o sin ti, sólo te pido que lo pienses.

—El funeral es mañana, poco puedo pensarlo. ¿Ya has sacado el billete de avión?

—Esperaba que me ayudaras tú. Con las reservas de internet no me aclaro mucho. Y así salen más baratos que en una agencia, ¿no?

—De un día para otro salen carísimos sea como sea.

—Da lo mismo; le he dicho a tu tía que allí estaré y no pienso faltar a mi palabra. Tu padre así lo habría querido, para demostrarles que no somos como ellos.

—Papá era el hombre más bueno y menos rencoroso que he conocido.

—Hazlo por él y no te muestres vengativa ahora, Daniela —aconsejó su madre con una súplica.

* * *

Ni un regalo. Ni un solo gesto atento había tenido Alejandro con ella mientras estuvieron juntos. Cuatro años de noviazgo en los que no había tenido con ella el más mínimo detalle. Daniela no podía olvidar cómo la hería, a conciencia, despreciándole los que ella le hacía con la excusa de que a él no se lo compraba con regalos ni era un esclavo de la sociedad consumista.

Patrañas y más patrañas de pseudoprogre dedicado al arte. Una excusa bajo la que escondía su incapacidad para mantener un empleo estable. La pintura era su vida y estaba por encima de todo. Ésa era la forma en que el sucesor de Picasso pintaba flores a brochazos mientras su mamá le costeaba todos los gastos. El arte y su libertad. Ambos principios debía de considerarlos secundarios ahora que ella ya no formaba parte de su horizonte. La prueba la tenía Daniela en las manos.

Una vez más, le daba donde más le escocía. Alejandro tenía muy claro cómo podía abochornarla y conocía de sobra su carácter discreto y su renuencia a dar explicaciones. Por eso le había mandado un paquete mediante un mensajero a la academia donde ella daba clases y, para colmo, acompañado de una

rosa roja. Un odioso detalle romántico que sólo había servido, y eso bien lo sabía él, para que todo el mundo se percatara de ello y la asediara con preguntitas.

Sin embargo, Daniela no les dio el gusto. Dejó la rosa y la caja a un lado tras firmar el recibo del mensajero y continuó impartiendo su clase de inglés como si allí no hubiera pasado nada. Y después la de italiano. Y después la de español para extranjeros, hasta que concluyó su jornada laboral.

Se marchó a almorzar a casa, pero antes hizo una pausa en una terracita a la sombra y se pidió una caña de cerveza con unas patatas fritas. En primer lugar, para repetirse a sí misma que su ex no iba a amargarle el día con su asquerosa insistencia. Y, en segundo lugar, para evitar abrir el paquete bajo el escrutinio de su madre, que, conociéndola, seguro que soltaría algún comentario sobre su racanería durante el noviazgo y a santo de qué le iba ahora con regalitos.

De camino, había dejado la rosa abandonada en un macetero de hormigón. Le dio lástima tirarla a un contenedor de basura. Si alguien la encontraba y la quería, igual le alegraba la mañana. Destapó la caja cuadrada y se quedó mirando con hastío el reloj que contenía. No era valioso, pero sí bonito, metálico y unisex. Un detalle que le confirmó a Daniela lo poco que ella le importaba; habían estado juntos cuatro años, podría haberse dado cuenta de que sólo usaba relojes Swatch de plástico, sumergibles, divertidos y resistentes. Nunca otros, desde que rompió la hucha del cerdito para comprarse el primero de ellos.

Leyó por encima la nota sin llegar a la última línea. La misma canción de siempre: «Podemos ser amigos, bla, bla, bla, bla»... Estaba cansada de palabras huecas y de que el artista que pronto olvidaba sus principios anticonsumistas pretendiera

hacerse nuevamente un sitio en su vida con calzador. Miró la hora y supuso que su madre ya habría retirado la cazuela del fuego. Aunque vivía sola en un pisito cercano, Daniela iba casi a diario a comer con Ángela. Por comodidad, para que ella no se sintiera tan sola ahora que no estaba papá y, sobre todo, porque su madre cocinaba como Dios, qué caray.

Apuró el último trago de cerveza y se recriminó por engullir otra patata frita de forma voraz. El verano se acercaba y debía cuidarse un poco si quería caber en el bikini del año anterior.

Entró a pagar su consumición y, al salir, divisó sentado a la sombra al hombre que todos los días tocaba el acordeón sentado en una sillita plegable junto a la fachada del centenario colegio Jaime Balmes. Cruzó el semáforo en ámbar, con el euro y la calderilla de la vuelta en el puño cerrado. Con una sonrisa, dejó las monedas en la cestita y el búlgaro sonrió mostrándole tres dientes de oro. Daniela admiraba la cultura musical de la gente llegada de los países del este de Europa. Todos, hasta el más humilde, sabían tocar un instrumento. Y aquel señor llenaba el ambiente de alegría con su acordeón.

Daniela se quedó mirando al perrito que dormitaba feliz a los pies del músico. Ella, en cambio, se sentía como un chucho atado a una cadena por el modo en que la atosigaba su ex. Quizá su madre tuviera razón y un cambio de aires le hiciera recobrar, aunque fuera por unos días, la sensación de libertad. El entierro de la abuela Costanza no era la mejor manera, pero sí la ayudaría a escapar de la rutina. A fin de cuentas, sólo debía hacer acto de presencia y, después del adiós definitivo a los Barone y compañía, se dedicaría a hacer turismo con su madre. Ella se merecía eso y más, y nunca habían viajado mano a mano como dos amigas.

Soltar lastre, ése era el objetivo.

El hombre tocaba un pasodoble. Daniela se fijó en las muñecas bronceadas por naturaleza del zíngaro acordeonista.

—¿Tiene reloj?

El hombre le señaló con la frente el que lucía en la fachada la relojería Catalán de la esquina de enfrente, para que entendiera que no le hacía falta. Pese a ello, Daniela le tendió la caja con la que acababa de recibir.

—Pues ya tiene uno. Espero que le guste y, si no le ajusta, ahí le cortarán un eslabón —explicó, indicándole la relojería.

El hombre se deshizo en agradecimientos que Daniela se apresuró a acallar mientras hacía un gurruño con la notita escrita por Alejandro en su versión más babosa. Soltar lastre, qué símil tan apropiado. Liberada de aquel peso, se sentía ligera y de muy buen humor.